

GANADOR AUTONÓMICO



## **LO NUNCA ENCONTRADO**

Guido Biante Cravero

**Colegio Miravalles - El Redín (Navarra)**

¡Significados, sinónimos, antónimos, morfosintaxis! ¡Más sabiduría! El único deseo con el que soñaba.

Todos tenemos sueños, amores, deseos que nunca se cumplirán y jamás se nos borran de la cabeza. Siempre tendremos esa pequeña gota de esperanza que, aunque sepamos que tal sueño, tal amor, tal deseo, es imposible, es lo que nos da ganas de vivir. ¡Ahí es donde se encuentra la verdadera felicidad! El hombre feliz no es aquel que desea algo y lo consigue sin apenas esfuerzo. El feliz es el pobre, el trabajador medio que trabaja y sufre el día a día con el amor de sus seres más amados. El que tras un duro esfuerzo llega a su meta. Seguirá sin vivir su sueño. Tendrá algo muchísimo peor, pero lo que de verdad le hace feliz es contemplar su pequeña consigna ya completada: Mirar atrás y ser admirado. Ya que, gracias a su duro trabajo, no solo ha completado su consigna, sino que ha gozado de vivir la esperanza, el esfuerzo, la diligencia y muchas más virtudes, más necesarias que ningún material existente en la Tierra.

Un hombre trajeado, elegante, alto y pálido, siempre aprendiendo. Él lo gozaba y solo entonces se le reflejaba una ligera sonrisa en su pálido rostro. Él decía: “He incrementado mi sabiduría pero lo que me preocupa es que he vertido una gota más en el cáliz de la felicidad”.

Nada más que enciclopedias, diccionarios y libros de texto podías ver en su despacho. Alzabas la mirada e incluso el techo parecía estar lleno de palabras.

El día N empezó todo. Lo había estado planeando durante lustros. Ya lo avisaba en el pequeño cartel que estaba colgado en la puerta: “El día N es inminente, alcanzaré la felicidad”. Los vecinos creíamos que se iba a suicidar, pero ocurrió algo mucho peor.

De los seis continentes, de todos los países y ciudades, los diccionarios habían desaparecido. Alguien se había hecho con todo el conocimiento. Él ya no estaba en su

despacho. Los más sabios de la lengua de cada país se habían reunido para recopilar todas las definiciones posibles, pero todavía faltaba el más sabio, el rey de la lengua. Todo el mundo sospechaba o incluso afirmaba que había sido él. Pero nadie sabía dónde se situaba. Todos los días venían decenas de periodistas a preguntar y a averiguar cualquier novedad. Pero hubo algo que me llamó la atención: un señor muy mayor, que venía todos los días, se quedaba mirando el despacho y lloraba. Yo no sabía por qué y la intriga, que no me dejaba dormir, iba a acabar conmigo.

Un día tuve la suficiente fuerza de voluntad como para ir y preguntarle cuál era la razón por la que venía, día sí y día también, a llorar. El anciano me contestó: “Él era mi alumno en la universidad, el mejor. Le apasionaba la lengua, pero me daba miedo. Era especial. Siempre creyó en la felicidad completa. Entraba en mi casa a medianoche y me suplicaba que le pusiese un examen. Se le veía un rostro de desesperación insufrible”. También me dijo dónde estaba. Y, tras pensarlo con la almohada varias semanas, y tras muchas reflexiones, me decidí a ir a hablar con él.

Fue la mejor experiencia que he vivido jamás. Estaba en un refugio en la cima de una montaña. Llamé a la puerta y no hubo contestación. Pensé que no había nadie, así que me di la vuelta y di unos pasos. Hasta que oí un grito estremecedor. Entré rápido y le vi sentado en una silla. Había estado sin comer todo este tiempo. Me miró y me preguntó si era feliz. Yo le contesté que a veces. Me respondió fríamente que me suicidase: “¿Para qué vivir si no eres feliz?” Entonces le expliqué en qué consiste ser feliz y que para ser feliz hay que amar y ser amado. Y me fui.

Se suicidó al día siguiente. Me había dejado una nota:

“Amigo,

Tú eres y habrás sido el único que he tenido en toda mi vida. Solo eres un niño, pero eres más listo que yo. No desperdices tu vida como he hecho yo con la mía. Te amo desde lo alto”.

Gracias y hasta nunca.

Se feliz o muere”.